

Biblioteca Nacional



FIAT LUX
 QUINCENARIO LITERARIO

Vol. I - Número 3

DIRECTOR
C. SALAZAR GAGINI

EDITOR
JULIÁN MARCHENA

REDACTORES:
R. BRICEÑO ÁLVAREZ
G. SALAZAR GAGINI

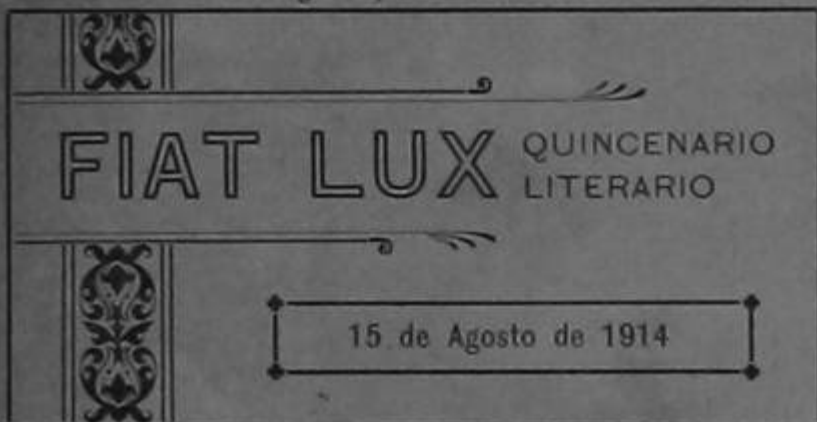
San José, C. R., 15 de Agosto de 1914

APARTADO 1031

P. Molino



TIPOGRAFÍA LEHMANN



Cálamo, deja aquí correr tu negra fuente
en el pórtico en donde la idea alza la frente
luminosa y al templo de sus ritos penetra.
Cálamo, pon el símbolo divino de la letra
en gloria del vidente cuya alma está en su
lira.

Bendición al que entiende, bendición al que
admira.

De ensueño, plata o nieve, esta es la blanca
puerta.

Entrad los que pensáis o soñáis. Ya está
abierta.

Rubén Darío.





Don Leonidas Briceño
Colaborador de "Fiat Lux"

Anfora anhelada

Dentro de breves días, octubre agonizará en su lecho harapiento y húmedo; mas el cielo, benévolo siempre, regará las últimas lágrimas de su llanto copioso sobre el rúmulo que guarda los restos de ese pobre viejo reumático. Poco a poco irán luego desapareciendo los negros y grises crespones que limitarán los horizontes; la mirada—libélula de luz enamorada de lo bello—hallará entonces motivo para recrearse forjando con los caprichosos pinceles de la perspectiva, enajenantes cuadros, que al herir gratamente la fantasía, llevarán soplos de apacible ventura a nuestras almas, y entonces sentiremos cómo revolotea por sobre nuestras cabezas el pájaro de indecibles ansias, invitándonos a la realización de los ensueños...

Es el renacimiento de una vida nueva; es la brisa que viene riente y juguetona, trayéndonos los efluvios del bosque florecido, que nos acaricia con los perfumes escapados de sus abanicos invisibles, que nos cuenta, quedo, muy quedo, las altiveces y soñaciones del lejano monte y los cantos nostálgicos y tímidos del enamorado jilguero y los ayes de una pobre torcaz que en vano llena de lamentos las solitarias enramadas, en pos del ausente compañero que un día abandonara infiel el lecho blando de su nido tibio...

De todas partes, hasta de los ocultos recodos de humildes colinas, emergerán unas a modo de tesituras rítmicas, entre pentagramas de flores que, al confundirse mágicamente con el armonioso conjunto,

resaltarán, como niñas castas, de entre la arrogante tonalidad del himno que entona Proserpina para la celebración de sus nupcias.

Vestiránse de puro cristal las fuentes y haciendo burbujas de niño gozoso en el regazo maternal, bajarán de la fresca altura entre cánticos de náyades, como en reclamo de senos mórbidos, para prodigarles la caricia nerviosa de su linfa retozona.

De cuando en cuando habrá como paréntesis de inexplicables silencios en la altura, en el bosque, en la fuente, en los cármenes... Es que por el cielo desfilan, a manera de cortinajes de ópalo, nubes casi transparentes como una sucesión de palios.

Es el momento de orar; es el instante en que Natura, engalanada con sus mejores atavíos, se postra de rodillas para rendir sumiso homenaje de reina incomparable a su excelso autor.



¡Oh madre Natura!... Estoy fatigado de este ensueño que más de una vez he visto en mi fantasía con los engañosos relieves de lo tangible; déjame apurar por una vez tan sólo el ánfora que guarda el compendio de tanta vida perfumada, de tantas dichas no realizadas, y pueda yo también arrodillarme luego, bajo la sucesión de los divinos palios que desfilan bajo el impenetrable domo de los cielos, para recibir la bendición de aquél que sólo da ósculos de luz y de suprema bondad.

LEONIDAS BRICEÑO

El cuento del árbol

En la dormida selva
se ha derrumbado un árbol
robusto, en cuyas ramas
cantó por muchos años
su canción de esperanza
la dicha de los pájaros.

Era un cedro fornido
que tuvo siempre en alto
—extendido a los vientos—
como un pendón gallardo—
un mechón de verdura
desafiando a los astros.

En su tronco rugoso
por el tiempo tostado,
no enredó sus serpientes
el traidor matapalo.

Fué valiente, fué solo,
fué tranquilo, fué parco,
ni se glorió por fuerte,
ni se tuvo por bravo;
y si las pobres yerbas
que alfombraban el barro
lo tuvieron por loco
y lo juzgaron fátuo,
fué por que su cabeza
con noble desenfado
miró siempre a la altura
sin temor a los rayos.

Fué su goce más vivo
y su más puro encanto,
ostentar el orgullo
de su pecho cuajado
de nidos rumorosos
que el amor fué colgando
cual vistosas medallas
al pecho de un soldado.

Y cayó cierto día
sobre el bosque, a lo largo,
como un gigante muerto
de los tiempos pasados,
produciendo en las flores
un desconsuelo amargo,
y en los reptiles dicha,
y en las aves espanto.
¿Qué fué del viejo cedro
por todos respetado
que protegiera altivo
con sus robustos brazos
el sueño de la selva?
¿Fué pasto de gusanos?
No, que por ley constante,
del fondo del fracaso
resurgen los vigores
por siempre renovados;
y el árbol corpulento
que otro tiempo fué ornato
del bosque, con sus ramas
en que los dulces bardos
del aire hicieron gala
de sus trinos alados,
mientras que dormitaba
en el tibio regazo
de la tierra, su savia
dió a la savia del campo,
del cual brotaron flores,
esos humildes cantos
con que el suelo contesta
del sol los besos castos.
Y así con nueva vida
siguó viviendo el árbol
de todos escondido,
por ninguno envidiado,
fecundando en secreto
la vida de los campos.

JOSÉ MARÍA ZELEDÓN

Añorando...

(Para Leonidas Poveda, afectuosamente).

Y en tanto que los fúlgeos arreboles del crepúsculo deshacían sus crenchas de oro por sobre el flanco del monte adormecido,—Andrés, el viejo Andrés de faz tostada por los soles del tiempo,—miraba, desde hacía ratos, no sé por qué raras vaguedades de la meditación profunda... el añoso tronco de una ceiba centenaria, que empezaba, con las primeras lluvias del Invierno, a vestirse magníficamente de verdes brotes.

Lo miraba, sí, con cierto aire frío de íntima ternura, como si añorara algo ya muy remoto y amable... sin duda de los claros celajes de la mañana de su existencia. En verdad, el pobre Andrés, añoraba en un éxtasis de melancólica ternura, como lo suelen hacer esos viejos cansados del vivir monótono... que tienen un pomo de nieve en el corazón y rayos pálidos de luna por cabellos.

Pobre alma!... ¡Cómo gozaba en la muda contemplación de su pasado! Cuando mozo casó con una humilde pastorcilla de su aldea, que era todo un encanto de hermosura helénica, fresca y bella como esas florecillas de primavera que reventan espontáneas en las plácidas campiñas al temprano frío del invierno... y de ella, de esa su dulce pastorcita del *Diridá*, tan sólo le había quedado, como un brote fresco de su amor immaculado, una tierna gacelilla—todo un querube—que

las hadas en cortejo se llevaron para siempre a su célica mansión, envuelta en pañales de luz inextinguible, al cumplir precisamente dos rosadas primaveras: Había muerto la pobre niña, como mueren ciertas rosas... al nacer... con una sonrisa imperceptible y cálida de maternal amor en sus labios impolutos.



Y en tanto que la brisa perfumada de nardo y azahar retozaba, como chicuela enamorada de sus juegos, en la espesura del bosque milenario, improvisando blancas églogas de amor,—Andrés, el pobre Andrés de faz tostada por los soles del tiempo,—seguía, en éxtasis profunda, contemplando aquel añoso tronco vestigio de pasadas corpulencias que con esplendor reinaron en el bosque, y en donde las avecillas, al caer la tarde envuelta en flotantes cortinajes grises... llegaban con fervor a tejer religiosas sus rosarios de antífonas sagradas...

Sí, contemplaba en sutiles vaguedades aquel pobre tronco de ceiba centenaria, vestida de renuevos glaucos, como si leyera en él algo, algo muy amable de sus días de rosada juventud.

En verdad, para el pobre Andrés aquello era una sublime al tanto que sagrada evocación de su pasado amable.

¡Cómo no recordarlo, si todo él estaba preñado de profundas pesadumbres! pesadumbres que aunque cargadas de dolor... son siempre dulces, son siempre bellas, verdaderamente bellas para el alma que con

placidez añora... en un mayo de seductoras esperanzas.

Pobre alma!... él era un tanto feliz en la fúlgea constelación de sus recuerdos vividos: del yermo de su faz sagrada felices y sencillas florecían las sonrisas... en un abril de dichas; pero sonrisas son de ancianidad, muy distintas en verdad de las otras que a diario florecen en la vida.

El canto de un ruiseñor hizo estremecerse el paisaje taciturno y despertar de su blanca ensoñación aquella alma que navegaba, con vientecillos de ilusión, por sobre las anchurosas playas del recuerdo en la barquichuela tenue de la meditación profunda. También su pobre corazón entraba en una rosada primavera, porque empezaba a rejuvenecerse... porque empezaba a vestirse de renuevos luminosos.

¡Oh lector amable! ¿No es muy cierto que el anciano tiene también en los días primaverales flores fragantes y lozanas en ese añoso tronco,—vestigio sin duda de pasadas corpulencias que reinaron en el bosque de la vida... y en donde todo un enjambre de canoras avecillas llegaban contentas y sonrientes a pulsar sus arpas de cristal para componer un canto de vida y de esperanza... como así los tiene, cuando llega esa enamorada sublime con su magnificencia de pompas, el añoso tronco del bosque milenario?...



Y en tanto que el pobre Andrés cabalgaba en el pegaso de su recuerdo en una llanura florecida, contemplando aquel em-

blema palpitante de vida... la noche había cerrado y la luna, triste y silenciaría, volaba, en vuelo presuroso, por sobre el lienzo ennegrecido del cielo, coloreando de plata la dulce soledad del bosque adormecido, y dejando, como olvidados, un haz de resplandores tenues en la agostada cabeza del anciano.

R. BRICEÑO ÁLVAREZ

(ÁLVARO R. CEBRIÑEZ)

San José, julio de 1914.

Fraternal

(Para Fabio Rojas Díaz, cariñosamente)

Compañeros de armas en las luchas cruentas
de las amarguras y de la ilusión,
hemos compartido todas las tormentas
que la vida siembra dentro el corazón.

Juntas nuestras almas en las horas lentas
que pasan—camellos de desolación—
hallamos la causa de las novecientas
cuarenta y dos penas de José Asunción.

Ama, siente, piensa, sobre las tristezas
de la amarga vida, pone las proezas
de su gesto franco que es de emperador...

Y graba en la arena de sus ilusiones,
el bello poema de dos corazones,
que son las dos velas de un buque de amor.

J. ALBERTAZZI AVENDAÑO

Visión de Antaño

Tiene el cuadro añoranzas medioevales: la erguida torre que el castillo vela, se recorta en las luces vesperales como en la vaguedad de una acuarela.

Soberbiamente, ufanos pavorreales, en los vastos jardines donde vuela el aroma, pregonan las rituales quietudes de un motivo de Varela.

Es una incitación a evocaciones la litúrgica paz de ensoñaciones que tienen los magníficos jardines, donde ve desfilar la fantasía, con la crepuscular fuga del día, una rubia visión de Lohengrines.

C. SALAZAR GAGINI

En la orgía

Era más de media noche. Toda la ciudad sumergida en el silencio y la quietud, aspectaba un extraño cementerio envuelto en la sombra y la neblina que la luz marchita y pálida de la luna, iluminaba de trecho en trecho con fulguraciones enfermas y apagadas. A lo lejos, en el fondo de la desierta calle que oscurecía con sus sombríos ramajes la fantástica hilera de árboles sembrados en sus bordes, ví cruzar las siluetas borrosas de tres bohemios, que cantando lúgubrementemente can-

ciones tristes y lastimeras, se dirigían a la pobre vivienda del poeta Luis, antiguo compañero de amoríos y sueños.



Y en la revuelta y sucia estancia del poeta, era la orgía crapulosa...

Todos estaban borrachos y mugrientos, en torno de las mesas, sobre las que relumbraban a la luz trémula de una pira, pequeños vasitos de baccarat, que llenaban las heces del ajeno y del licor, apurando entre las risas y la viciosa disipación, y vasos de bocas anchas, que aguardaban se vertiera más vino en ellos.

Todos hablaban a un tiempo, con estrépito, y en sus semblantes desencajados y de expresión extraviada, se advertía el odioso efecto de las bebidas—y del cuarto revuelto y sucio emanaba un hálito caliente de taberna...

Eh! que llenen otra vez las copas! gritó uno desde un rincón oscuro, con voz bronca y desabrida, y brindemos, brindemos por el amor que...

—No!—exclamó levantándose del taburete en que se encontraba, otro, un joven alto y rubio, de mirada inteligente y avivada por la ebriedad, enmarañada y tempestuosa la cabellera y ceñida su fina garganta por una corbata azul. No! por el amor no, porque es maldito y lo corrompe y lo pervierte todo...! Y luego apaciguando su voz como si fuese atormentada por amargo recuerdo, siguió diciendo tristemente... Oh! amor maldito, que pareces una fiera escapada del infierno... cuán

desgraciados haces a los corazones! Y dibujóse en sus labios, una sonrisa de honda amargura.

Un nuevo silencio...

—Entonces, lancemos nuestro brindis por la mujer, dijo con entusiasmo clamoroso, alzando su vaso, otro bardo, y aún no había terminado, cuando el poeta rubio y de larga corbata azul, que aún permanecía en pie, pensativo, en repentino arranque y exaltamiento, ahora con entonación vibrante y sonora, habló: Tampoco por la mujer! La mujer es una sierpe bella y seductora que nos subyuga, y en su beso, nos envenena! Enarbolemos nuestras copas por Baco, que es el único que nos da la dicha de olvidar, que nos hace felices y reír, reír mucho, a carcajadas... brindemos por ese viejo simpático y bueno cuya arrugada frente cubren los pámpanos y los racimos de la amable vid; el único que ama a los poetas como nosotros, solos en el mundo, sin nadie que mitigue nuestro pesar, sin nadie que recoja nuestra plegaria y nuestra queja; parias del amor, proscritos de la suerte, hijos de la desventura... Y brillantaba la suave palidez de su rostro, el cruel rocío de sus lágrimas!

—Sólo Baco—prosiguió—nos recoge en sus cariñosos brazos. Sólo él nos prodiga de sonrisas, a nosotros que somos el paño de lágrimas de la humanidad! Sí, poetas, enarbolemos muy alto nuestras copas y en honor de nuestro César protector, bebamos el vino, bebamos el ajeno glauco que nos da la vida y la poesía...

Indecisa, silenciosa y como de hurtadillas—se diría—para no turbar el sueño soporoso de aquellos infelices bohemios, llegó la pálida aurora con sus tenues luces metiéndose por los intersticios de la puerta y la entreabierta ventana, a besar, con beso interminable, sus cansadas frentes.

OLIVERIO NOEL

Vesperial

Para Fiat Lux

Cruzaste la soleada lejanía
donde la tarde pinceló destellos
de intenso rojo, al aire los cabellos
y la mirada tenebrosa y fría.

El canto de la brisa, su armonía
murmurante entonó sobre tus bellos
ropajes temblorosos y dió en ellos
la ilusión de una cortesanía.

En el blancor hialino de un celaje
fingiste hacer hacia el confín tu viaje
como se fuga un resto de esperanza,
y el rojizo esplendor de la arboleda
esculpíó tu visión de raso y seda
en el jaspé virtual de lontananza.

ROBERTO FIGUEREDO

Con asombro en la faz . . .

Para J. Albertazzi Avendaño

La noche estaba como adormecida...
voz de espumas fuyentes en el río;
y en el jardín un leve murmurío,
todo lleno de un vago son de vida.

A mi cuerpo te uniste estremecida
por un hondo y sensual escalofrío...
La luna se escondió... Todo sombrío
quedaba en el jardín... Fué la caída
en la tierra, sutil, como un arrullo...
Se agitaron las hojas, al murmullo
de un beso pasional... Después, temblaba
delirante de amor, todo el bosque...
Y en el cielo, la luna se asomaba
con asombro en la faz, tras un celaje...

JOSÉ R. GUTIÉRREZ
(Colombiano)

Manos milagrosas

Manos blancas, liliales manecitas;
manos sedosas de tersura leda,
que tienen la caricia de la seda
y el albor de las castas margaritas.

Manos en cuyos dedos la blancura
finge florecimientos de jazmines;
manos como gemidos de violines,
de una indecisa y lánguida ternura.

Manos supremamente milagrosas
que, si acarician frentes fatigosas
donde florecen agresivos cardos,
en la visión de un misterioso ensueño,
con su afelpado acariciar sedeño
hacen brotar una ilusión de nardos.

C. SALAZAR GAGINI

PARA MINÍ Y JULIÁN:

Me piden Uds. un artículo o un cuento; ¿pero qué puedo darles ahora que les satisfaga, si desando la parte hecha del camino que Uds. emprenden?

¿Por qué me devuelvo? Muy sencillito: porque no me ha gustado.

Imaginen Uds. una senda pavimentada con libros, con perspectivas de libros, de la que se levantan cual las nubes de polvo en el verano, páginas fastidiosas y desesperadoras. De trecho en trecho, páginas que me hicieron el efecto de los sepulcros blanqueados del Evangelio. Sólo allá muy de tarde en tarde un libro del que sale para elevarse hacia el cielo, un árbol de tronco fuerte que pone en el camino la amable sombra de su follaje melodioso y fresco donde se puede reposar el espíritu fatigado; o bien un libro del que brota una fuente cristalina en que apagar la sed del corazón que ansía el agua de la Vida.

Lo más desesperante de esta pesadilla, ha sido para mí la multitud que puebla el camino que en este nuestro país diz lleva al templo del Arte. La he encontrado dividida en dos grupos, tan ridículos como esas divisiones sociales que se forman en los pequeños caseríos que tienen pretensiones de ciudad: una se cree constituir la nobleza del talento y la otra aparenta creer que también constituye esta nobleza, pero en el fondo comprende que apenas es la burguesía.

Ah! esta nobleza! No niego que los que la forman estén repletos de erudición! Entre

este grupo ví altas figuras de cabezas inclinadas en estudiada actitud pensativa. Los más bajos agitan incensarios para envolver a aquellas en nubes de humo al mismo tiempo que los llaman «maestros», con sonrisa inefable. No pude saber, tal es la aglomeración, si estas elevadas figuras lo son por la longitud real de sus piernas o si van en zancos. Cuando los que no son «maestros» están fatigados de levantar el incensario, se inciensan entre ellos mismos, alábanse mutuamente el estilo, las ideas, los versos, la prosa, dándose efusivos apretones de manos; pero tan luego vuelven la espalda se hacen guiños burlones y van a buscar público con quien censurar lo que no ha mucho alabaron. Jamás he oído una algarabía más espantosa: no hay allí uno que no hable del Arte, de la Belleza, del Corazón. Sin embargo, me pareció que veía desfilar ante mí una procesión que me hizo pensar en el Bertran del Born que pone Dante en uno de los círculos de su Infierno, porque no encontrarán Uds. uno que no lleve su cabeza en la mano y no vaya guiado por unos ojos completamente separados de ese corazón, palabra con la cual ellos saben hacer tan lindas frases. ¡Qué frío y estéril es el egoísmo que mueve a casi todos esos seres!

Cuando se vuelven para *ver* el grupo que los sigue lo hacen con lástima o protección.

Y esta nuestra burguesía del talento! Un mundo que sería igual al otro si fuese más erudito.

Tanto la mayoría de éstos como la de los anteriores, tiene una manera tan desprecia-

tiva de mirar a los que no se ocupan en las faenas intelectuales, que indignaría si no inspirara lástima.

A los lados, sin confundirse con la muchedumbre, caminan rescatándose en la penumbra, silenciosas criaturas; son muy pocas, van desnudas y sobre sus hombros cargan una cruz. No obstante llevan en la mano un lirio o una rosa y en sus labios una sonrisa. A estos nadie los sigue ni los llama maestros pero son de la raza de los hombres que escriben páginas de las que brota ya un árbol con que el viento se fabrica un arpa, en cuyo follaje misericordioso los pájaros enredan sus nidos y entre cuyos troncos las abejas depositan la miel color de sol que hace olvidar a veces lo amargo de la vida; ya las páginas de las cuales mana la fuente de aguas puras, cuya transparencia no logra enturbiar la Experiencia maliciosa.

Por último va la Juventud leal y alegre, la Juventud que todavía tiene un pie en la adolescencia. Lleva el corazón en la mano, ardiente como una brasa y agita su pañuelo para saludar a las altas figuras de los zancos o de las largas piernas que gesticulan con grandes ademanes en la lejanía.

Me devolví, pues, porque sé que no tengo las fuerzas que se necesitan para cargar con la cruz que portan los silenciosos ni la sabiduría para adornar el dolor que implica ese peso, con una flor o una sonrisa; las altas figuras me hicieron reír y las dos clases que representan el talento, me dieron lástima: la misma risa y la misma lástima que me doy yo, cuando en mi interior sorprende pensa-

mientos ridículos o mezquinos. Incorporarme a la Juventud es imposible. No en vano han pasado los años sobre mí; conozco esa parte del camino que Uds. hacen ahora; ya no pondría en las acciones el mismo entusiasmo que antaño y Uds. tendrían en mí una compañera demasiado triste.

No diré que me han desilusionado. Yo no esperaba encontrar en esa senda ésto o aqué- llo. Recuerdo que estaba contenta al principio y nada más. Tampoco quiero decir que me siento mejor o peor que las gentes que he encontrado. Lo que sé es que no puedo proceder como ellas. Cada uno va dejando sembrado el surco que hace, de las semillas que tiene en el zurrón y casi todos llevamos entre los granos de rubio trigo, simientes de zizaña.

A las mujeres que se mueren por los literatos, repetiré lo que una sabia mujer, Henriette Renan, dijo una vez a su hermano. Comentaba éste la sinrazón del amor de la bretona Emma Kosiles por un hombre mediocre. A esto, Henriette replicó: «Oh! qué importa? Seguramente que él no merece tanta dicha, pero quién merece la que tiene? He ahí las falsas ideas de tus hombres de letras parisienses, que imaginan que los grandes hombres son los únicos dignos de ser amados. Qué niñería! Verás un día lo ridículo de todo ésto. Ah! yo lo concibo por los héroes que han salvado su patria: mas, qué son para el corazón los embadurnadores de tela, los emborronadores de papel? Qué significan para el amor tus pueriles celebridades literarias?» Ella pensaba, agrega Renan,

que «el *Dilectus meus mihi et ego illi*, del Cántico, no habría tenido sentido si el pastor sulamita hubiese sido un personaje conocido, que anduviese en la boca del público y a quien los periodistas hubieran pedido cada mañana una interview.»

Mi gran deseo actual (y les aconsejo no miren en él un simple romanticismo, sino un deseo bien sincero), es morir y que me pongan no en un horrible nicho, sino en la tierra para que el polvo que me forma se confunda pronto con ella y asomar al cabo de un tiempo a contemplar el buen sol—que lo mismo deja caer su luz sobre los grandes que sobre los pequeños—en la brizna de la hierba, en la estrella de una margarita o en el terciopelo del musgo o en todo aquello que viva la Belleza humildemente, pero que esté bien lejos de comprender los discursos que sobre ella o sobre el Arte y el Bien hacen los hombres.

Los saluda con cariño,

CARMEN LIRA



Acaba de publicarse la 4.^a edición
del interesante Compendio de

GEOGRAFÍA DE COSTA-RICA

arreglada, corregida y aumentada por el
Licdo. Don FRANCISCO MONTERO BARRANTES

75 cts. el ejemplar

POR MAYOR PÍDASE A LA
LIBRERÍA LEHMANN — SAN JOSÉ.

IMPRENTA LEHMANN

(SAUTER & Co.)

Especialidad en las impresiones
de lujo y comerciales

20 años de práctica la acreditan

El mejor Taller de Encuadernación

FÁBRICA DE MARCOS

FÁBRICA DE SELLOS